



El cuerpo y sus escenarios en la Cuba de los 90

Magaly Muguercia

Investigadora teatral



El cuerpo fue una fiesta

Hubo una vez en que Cuba fue una fiesta y el cuerpo cubano se proclamó socialista. Al principio yo tenía trece años. Fidel y sus jóvenes tropas barbudas atravesaron en caravana la isla desde las montañas del oriente hasta el otro extremo y entraron gloriosas en La Habana. Campesinos encandilados, héroes y heroínas de la sierra se derramaron sobre la ciudad.

El principal cuartel de la tiranía se convirtió en escuela y se llamó Ciudad Libertad. Una paloma blanca se posó sobre el hombro del líder. Pronto el pueblo (obreros, intelectuales, campesinos, estudiantes, amas de casa) vistió de miliciano. En largas madrugadas, muchachas y muchachos cuidábamos, con viejos *máusers* al hombro, los espacios conquistados. Entonces sobrevino una invasión al revés: desde la ciudad partieron hacia los campos decenas de miles de adolescentes-maestros que escalaron montañas y anduvieron llanos enseñando a leer y a escribir a los que no sabían; pero ellos, al mismo tiempo, aprendieron y cambiaron con aquella entrada en territorio ajeno.

Cuando un año después regresaron a sus hogares, flacos y musculosos, con los uniformes rojizos de tierra, guirnaldas de semillas al cuello y aires de seguridad mezclados con lágrimas, los vecinos no los reconocieron. Enormes y variados cruces de culturas engendraron, en la Cuba de los 60, un cuerpo democrático, igualitario, digno, cooperador. Marchar hacia la Plaza de la Revolución era otra fiesta. Aquellos millones que conversábamos allí con nuestros líderes creamos un escenario en el que se hizo historia para todos los tiempos. Desde entonces se le llamó Plaza de la Revolución. Igual aprendimos en esa época, los ciudadanos, a trabajar la tierra y a reconocer árboles, animales y costumbres extrañas. Apiñados y sudando en transportes inverosímiles, al borde de la estricta asfixia, domingo tras domingo partíamos a darle duros machetazos a la caña de azúcar, a arrancar la mala yerba, y yo media fuerzas –dieciséis años y pequeño burguesa de abolengo– con mis amigos nuevos, alegres caballeros populares. Hicimos de estibadores en los puertos y de albañiles en escuelas nuevas, levantadas, como dijo el poeta “con las mismas manos de aca-

riciarte” y los estibadores, albañiles, campesinos y guerrilleros pronto se instalaron en los pupitres de la universidad. Nos zambullimos todos en nuestro mundo al revés, donde los educados éramos torpes y los humildes se movían como reyes. Al final de esos años murió el Che y luego Allende, y las lágrimas corrieron por el rostro de tres generaciones de cubanos sin que nos diera tiempo a ocultarlas, por pudor. Se ausentó de modo brutal una parte nuestra –que desde entonces nos falta– cuerpos luchadores, que ahora debíamos imaginar quemados por la bala, ultrajados quizás, la mirada detenida, e irremediablemente exangües.

Y así se fue armando el cuerpo socialista, en esta fricción y trasiego de identidades muy variadas, en el conflicto y el entendimiento, en tensiones de clases, razas, edades y sexos diversos que, mayoritariamente, compartíamos el mismo proyecto. En la memoria profunda de nuestra cultura permanece, creo yo, el tesoro de un cuerpo dúctil, experto en riesgos, solidario, dotado con el don de Ma-



ckandal, y que fue tan loco que respiraba a pleno pulmón en un camión sin ventanas, camión de los domingos, o tren lechero o carreta abarrotados, que nos enseñaron lo que todo buen actor y bailarín sabe: que la actuación orgánica, la que produce acción real (no necesariamente realista), surge cuando se elige el camino más difícil; que la coherencia profunda, la verdad en la actuación, se toca por uno de sus extremos con el caos.

Pero pasó el tiempo y algo de aquel vivo cuerpo socialista con equilibrio/desequilibrio de cuerda floja –susto y alegría– se congeló. A nuestro sensitivo y socialista cuerpo subversivo lo enseñaron a sacrificar la invención, en nombre de un mito llamado la "unidad" o bien la "firmeza" ideológica. Desde mediados de los 60 una incipiente cultura del dogma vino a confundir la participación con la coralidad. Los rebeldes y críticos –es decir, casi todos a regañadientes– comenzamos un nuevo aprendizaje: nos convencieron de que el peor pecado era incurrir en error (se le llamó: error histórico). Se prohibió el error. ¡A nosotros mis-

mos, cubanos socialistas, que éramos un error histórico viviente, escándalo de los manuales de marxismo-leninismo! La movilización popular lentamente fue cambiando su carácter, y no fue ya tanto intercambio febril entre diferentes, como marcha más ordenada y lineal hacia la meta sujeción a la estructura, delegación del poder de todos en la autoridad centrada. El baile comenzó a ser otro. En algunos planos, sobrevino una sustitución gradual de la conga arrolladora por el minuet.

Esto, sin embargo, suena muy en blanco y negro, tampoco fue así. Una cubana o cubano es una cosa muy compleja, muy dividida, nunca aplacada del todo. En Cuba, en tiempos de la esclavitud, hubo cimarrones, no hay que olvidarlo. Y en el alma nacional hay un cimarrón; también. ¡Anda suelto por ahí mucho cimarrón socialista!

Esa idea de una cubanía socialista, no tan fácilmente descifrable ni tan unívoca como algunos creen, podría ser asociada a la noción de cuerpo compuesto, elaborada por el pensador, marxista y norteamericano, Randy Martín. Según Martín el cuerpo compuesto genera escenarios sociales en los que se entretajan

una multiplicidad de diferencias. Resulta, pues, un instrumento teórico que ayuda a pensar la constitución física de complejas relaciones sociales. Ese cuerpo es: No uno, sino múltiple; no un ser, sino un principio de asociación [s. m.] que rechaza la tajante división entre el sí mismo [self] y la sociedad, entre lo personal y lo mediado, entre presencia y ausencia.

El cuerpo compuesto está ya en movimiento, él es el trabajo entre las

diferencias que lo constituyen; ese cuerpo móvil crea los escenarios de la adecuación, la resistencia o la subversión frente a las lógicas dominantes.

Es nuestro potencial de obediencia o revolución.

Todo proceso social consiste, pues, en la encarnación (es carne, deseo, fuerza) de esa multiplicidad, en la incorporación de esta dinámica hormigueante. La idea de cuerpo compuesto incita entonces a pensar la política (y eventualmente el socialismo) a la luz de la pregunta que Martín nos formula: ¿cómo se asocia la diferencia entre aquellos que están reunidos en la nación? Dicho de otro modo: ¿cómo movilizar el potencial creativo-opositor del cuerpo, promover relación democrática entre diferencias, de modo tal que esa abundancia de energías construya proyecto, realice algún nivel de totalidad y coherencia? (Entiendo aquí la palabra proyecto en el sentido de deseo, movilizado hacia la realización de algún tipo de sociabilidad alternativa). Habría que repensar

el socialismo –que sólo será si es democrático– como una puesta en movimiento y una coordinación equitativa de afiliaciones y culturas diversas orientadas hacia la liberación. Los

movimientos críticos y creadores del cuerpo compuesto, generan estructura y autoridades, y esto pone al estado socialista ante la paradoja de que la única estrategia que garantiza la orientación democrática del proyecto, es decir, la estrategia de estimular el trabajo del cuerpo compuesto, es al mismo tiempo la que relativiza su poder de control y, por ende, debilita la sacralidad que todo orden legítimo tiende a atribuirse.





Y la grieta se abrió.

En los años 80, Víctor Turner –de nuevo un importante precursor estadounidense del estudio de la relación entre el cuerpo movilizado y la política– desarrolló la categoría antropológica de drama social.

Sucede el drama social, según Turner, cuando el fluir de la vida de la comunidad es interrumpido por una secuencia de acontecimientos que altera su normalidad.

Esta secuencia disidente canaliza deseos y trata de introducir valores distintos a los consagrados por el orden tradicional. Según Turner (cito de memoria) la primera fase de un drama social sería la brecha (o grieta), y consiste en que la facción disidente materializa algunas transgresiones (ruptura de un tabú, protestas, conductas que en algún nivel alteran la norma). La grieta, al ensancharse, enciende una señal de alerta para el orden legítimo. Corre un malestar. Segunda fase: la crisis, propiamente tal, cuando claramente la comunidad se divide en dos, y los cabecillas de uno y otro bando reclutan adeptos.

Sucedan entonces luchas, quizás

enfrentamientos físicos y violencia.

Destaco, con Turner, que estos procesos, por implicar una remecida intensa del equilibrio social, de los códigos que permiten identificar la norma, dan paso a un especial paréntesis liminar en la vida de la comunidad. Esa liminaridad se configura como una movediza zona de frontera donde todo valor queda momentáneamente en entredicho, y todo puede acontecer; proliferan prácticas y pensamientos oscilantes que mezclan lo viejo y lo nuevo, el consenso y la herejía; la experiencia de la comunidad se tiñe de ambivalencias e hibridaciones. Desde la aparición de la grieta y en la secuencia de crisis, el orden tradicional multiplica los ritos confirmatorios, para recordar a la comunidad sobre qué valores sagrados ella se funda. En la tercera etapa, de reparación, se zanja o palia la crisis.

Continúan los ritos confirmatorios, posiblemente acompañados de rituales de castigo, como pueden ser procesos públicos para descalificar a la facción rebelde. Cuarta fase y última (no siempre ocurre): el cisma. Si

no logra imponerse, el bando opositor abandona el territorio, física o simbólicamente emigra y, en el otro espacio, intentará promover su modelo de convivencia alternativo.

En los 80 fueron cada vez más perceptibles en la sociedad cubana agrietamientos y malestares. Tres décadas de estabilidad relativa no habían transcurrido sin consecuencias. De la fiesta de los 60 nació el cuerpo potente y cohesionado. Veinte años después, algo gris estaba claramente instalado en la sociedad cubana: soviétización, dogma, autoritarismo. Se deslució, con los años, la fiesta socialista.

En 1986, un personaje de la obra *Accidente*, del grupo teatral Escambray, decía: *"En los últimos tiempos, nos hemos dedicado a producir acero y hemos dejado de producir hombres."* Ese mismo año 1986 el estado cubano convocó al llamado proceso de rectificación de errores y tendencias negativas cuyo objetivo último parecía ser una mayor democratización del socialismo cubano.

Fue en medio de este movimiento (ya nunca sabremos adónde nos hubiera conducido) que un vuelco pasmoso en la historia del siglo XX transformó todos los escenarios cubanos. Cayó el muro de Berlín a fines de 1989 y la Unión Soviética se auto-liquidó en 1991. De la noche a la mañana Cuba perdió el 80% de sus mercados, y nos quedamos solos: sin petróleo, sin aliados, sin divisas, sin posibilidades de importar ni exportar. El país, básicamente importador, quedó abocado al colapso. Todos los días en los años 92 y 93 se reunía el Consejo ampliado de ministros presidido por Fidel y este equipo de emergencia discutía la distribución puntual de los ínfimos recursos ma-





teriales. La sobrevivencia del país se decidía, literalmente, según lo que traía en sus bodegas el último barco que hubiera tocado puerto. Era tan exacto esto, y tan dramático, que en mi fantasía se formó una nítida escena que todavía hoy evoco: oficina amoblada en noble madera de caoba, un ventanal muy grande abierto sobre los techos de la Habana Vieja y, al fondo, el mar ancho, muy plácido y azul. Desde la ventana, Fidel mira al puerto con unos prismáticos e identifica el barco que está fondeando, entonces, de pie siempre, y observado por los ministros, toma un teléfono y da instrucciones. Cruza frases escuetas con cada ministro, muy tensos todos. Algunos se ponían de pie. Es parecido a Lenin en el Smolny, tomándole el pulso a la nación, a las puertas, en este caso, de una catástrofe. En 1992 Cuba sólo pudo adquirir un tercio de sus importaciones habituales, históricamente concentradas en alimentos y petróleo. La grieta y la crisis de que habla Turner, todo se precipitó. Comenzaba un drama social de alto perfil que, en el momento en el que escribo estas páginas, en mi apreciación, aún no ha cerrado su ciclo.

Entre 1991 y 1992 la población cubana adelgazó espectacularmente y una grave epidemia de neuritis afectó la vista y la motricidad de miles de personas.

Todavía hoy, sin ser una pandemia, esta extraña enfermedad está presente en Cuba, y el estado mantiene medidas preventivas contra ella. Su explosión, alrededor de 1991, se atribuye al deterioro súbito de la alimentación que golpeó a todos los sectores de la sociedad, combinado con el incremento excepcional de la carga física que hubo que asumir en el día a día para sobrevivir (algo análogo a las situaciones de guerra o de campos de concentración, y así lo reporta mucha literatura médica consultada entonces por los investigadores cubanos). Obvia decir que el índice de natalidad cayó en picada y desde entonces ese indicador (1,3 hijos por familia; ¿quién será el coma tres?) se mantiene constante.

Desde luego, los Estados Unidos se apresuraron a recrudecer las medidas de bloqueo. Pero lo cierto es que la trágica desestabilización que a principios de los 90 sufrió el cuerpo potente y cohesionado tenía antecedentes. Ya de antes ese cuerpo pade-

cía fisuras y malestares. Durante décadas, se había ido instalando en el cuerpo social cubano una disfunción endógena, que enseñó, y hasta hoy sigue enseñando, a vivir lo público y lo privado como una separación. Se generalizaron fricciones, a veces muy dolorosas y siempre paradójicas, entre el potencial creador inmenso de las personas, estimulado por la revolución, y las estructuras que el estado implementaba. Esta disfunción actuaba en diversos ámbitos: político, económico, ideológico, cultural y espiritual. No por gusto es el número significativo de personajes del teatro y la danza cubanos que, en los 80, se suicidaron en los escenarios, se enajenaron, o hicieron una ostentación subversiva de sus cuerpos desnudos. El arte, anticipador, encarnó muchas veces, durante los años 80, el drama de ese cuerpo, por una parte potente y cohesionado, por la otra, escindido, menguado, ausente, a veces desesperado, y fragmentado, sujeto a un profundo conflicto consigo mismo.

En la primera mitad de los 90 mucho aportó el teatro y su público, más numeroso que nunca en las salas habaneras, a la movilización de la sociedad cubana en torno a su núcleo pertenencia visceral e identidad, y a la reflexión crítica compleja. El teatro y la danza llenaron un espacio que, en plena crisis, el discurso oficial, deliberadamente simplificador y resistente a toda cualquier problematización no autorizada, dejó abandonado.

Fue en esta coyuntura que llegó a la sociedad cubana más de una vez un eslogan, aparentemente justo, pero en lo profundo conscientemente descalificador de todo pensamiento crítico: no es tiempo de teorizaciones. Recordaré como uno, entre decenas de espectáculos memorables



de esta primera etapa, la coreografía *Fast Food*, solo de la magistral artista Marianela Boán. El público se congregaba en el exterior de un conocido teatro capitalino para entrar a la sala. De repente, salía al portal la bailarina y, a los ojos de los transeúntes, ofrecía el espectáculo de su cuerpo magro, pero iluminado con algún extraño exceso de energía. Usaba como único elemento un plato y una cuchara de metal, toscos, carcelarios, y, por supuesto, vacíos. La coreografía reclamaba algo de aquellos objetos estériles; su cuerpo de virtuosa se fragmentaba y volvía fugazmente a recomponerse en un combate minimalista en el que había tanta fuerza como técnica milimétrica. Y ese cuerpo incandescente ejecutaba al final el acto horroroso, impecable, de comerse sus propios dedos. Concentraba en ese acto final todas nuestras energías como público, toda nuestra avidez y nuestro coraje. Pálida, con leotard negro, sin maquillaje, su actuación decía: hambre. Decíamos todos hambres diversas, pero recibíamos la ofrenda de su vigor y su rigor, jugados en el umbral mismo entre la calle y un escenario del Vedado.

La bicicleta desviada

Se proyectó, en efecto, a principios de los 90, con zonas de increíble fuerza, un cuerpo socialista que, concentrando al límite su energía, actuó de toda forma imaginable para sobrevivir, muchas veces, con ejemplar dignidad. Y ese cuerpo, que hoy en día ya no es famélico, pues el país ha logrado iniciar una lenta recuperación económica desde 1995, hasta hoy resiste con múltiples estrategias; muchas veces es muy respetable, pero no puede movilizar a plenitud su po-



tencial socialista, crítico, solidario. No siempre hace la historia que desea.

En 1990-91 las bicicletas inundaron la ciudad y transformaron su paisaje.

Las distancias y el tiempo cambiaron en todo el país. Se iba al trabajo o al teatro en bicicleta o a pie. Recuerdo haber llegado, como casi todos, desfallecida, y a pie, a *Opera ciega*, de Víctor Varela, en 1991, y, año y medio más tarde, en las mismas condiciones a la subversiva *Niña querida*, de Carlos Díaz, en 1993. Y a *Manteca*, ese mismo año, y a tantos otros eventos de teatro o danza adonde llegábamos todos como a un templo, a tratar de comulgar en nuestras desconcertadas pero vibrantes pertenencias.

Millones de personas se subieron a la pesada bicicleta china en el 90 y todavía no se han bajado de ella, aunque ha dejado de ser un fenómeno tan masivo. En el 2000, con la introducción de fórmulas de economía mixta que han dolarizado la economía y alentado la inversión extranjera, la circulación de vehículos privados y de empresas en La Habana es mayor que nunca antes en cuarenta años, pero el

transporte público continúa tan deficitario como hace diez años. Y siguen rodando sus bicicletas el plomero malabarista, que carga a toda la familia de cuatro en su cabalgadura china, el brillante médico, el ingeniero que es también delegado del poder popular, de los mejores el oficinista, la actriz, la maestra, el investigador, mi gran amigo (40 kilómetros ida y vuelta cada día, que su esqueleto soporta con humor). No por amor al deporte anda esta bicicleta cubana, diría yo. La preciosa energía de muchos se derrocha bajo el mismo sol tropical que adormece en nuestras playas al turista satisfecho. Decenas y decenas de kilómetros cada día, cada persona, durante diez años.

Ecologistas a pesar suyo. Recientemente se suma a la caravana de los bicicleteros un curioso profesional del pedal: el bicitaxista que cobra en dólares, puede tener título universitario, y, a puro músculo, pasea por el Malecón, Miramar o la Habana Vieja al mismo turista deleitado de la escena anterior, ahora cobijado en los brazos de su jinetera. Falsa ecología. Ese cuerpo produce mal. La bicicleta cubana de los 90 contamina, diría yo.

La mano nos duele de tanto decir adiós

La historiografía tradicional desdén el suceso cotidiano. Porque en realidad no puede apresarlos vivos, como él fue. No puede representarlo. No obstante lo cual, hay ritmos, tensiones, acometidas y repliegues, estremecimientos del cuerpo que hacen historia. Por eso contaré lo vivido en agosto de 1994. En el largo litoral habanero, en los muelles del otrora idílico río Almendares, en las playas blancas, al este de la capital. Aquel verano los bañistas tuvimos que echarnos a un lado en el mar para abrirle paso a las balsas que enrumbaban océano afuera. Navegantes muy jóvenes, o familias enteras abandonaban la isla en estas naves precarias. La autoridad cubana no interfería, en respuesta a maniobras urdidas en Washington o Miami, da igual. Los dejaba marcharse, a su cuenta y riesgo.

Y la mano nos dolió de tanto decir adiós. Deseábamos buen viento a personas desconocidas, expuestas a la muerte, desgajados y vulnerables, más allá y más acá de cualquier opinión política. Los echaba de la isla un remolino de escasez, desilusión e ilusiones, con la piel embadurnada de grasas contra el sol en aquellas balsas mitológicas, hechas de cualquier cosa, totalmente pintorescas y patéticas. Me obligué a estar ahí para que no se me olvidara nunca de qué materia concreta, de qué latido está hecha la pertenencia, cuál es el cemento que une a la Nación. Hermandad, angustia, arena, lágrimas, profundo silencio, cielo azul. Desde entonces en los escenarios de la danza y el teatro de los 90 hay personajes que levantan la mano diciendo adiós. Alzan la mano y miran largamente, los acto-

res y bailarines, hacia el horizonte. El cubano de los 90 siempre se está yendo. El alma queda en cualquier parte, dividida. Y digo alma, porque no encuentro mejor manera para nombrar a esa mano que nos duele y se nos va a caer de tanto decir adiós.

Gato volante

En los 90 prosperó en Cuba la necesidad de rituales. Sólo hablaré del más reciente. Siete meses duró el desfile de millones de personas movilizadas en todo punto de la isla, y a lo largo del Malecón habanero, para reclamar el retorno del niño Elián González. Todos ustedes conocen esta historia.

Cito el testimonio de un padre habanero:

Mis hijos, de 16 y 17 años, estudiantes del Preuniversitario XXX, en La Habana, acuden en estos meses a actos y marchas uniformados con un pulóver que repite infinitamente, despersonalizándolo, automatizándolo, el rostro de un niño. Van, mis hijos, en cuadro apretado, cercados por los profesores, mientras alguien, megáfono en mano, les orienta un úni-

co lema permitido, que ellos deben gritar sólo en el momento en que lo ordenen. La persona del megáfono insiste en el hiato, para que el lema sea escuchado con claridad: Salvemos a Elián.

Con el regreso, el 28 de junio del 2000, de Elián a Cuba terminó el ritual de lealtad a la patria más gigantesco y prolongado que haya tenido lugar nunca en la isla. Pero ha habido otros, en otras épocas, más diáfanos y auténticos. Ha dicho Randy Martín que hay movilizaciones que se le hacen al cuerpo por la espalda. Hoy escuché en la radio chilena que el Consejo de Estado de mi país confirió al padre de Elián la Orden Carlos Manuel de Céspedes, por la extraordinaria conducta desempeñada en el rescate de su hijo.

El gato copulando con la marta no pare un gato de piel shakesperiana y estrellada, ni una marta de ojos fosforescentes.

Engendran el gato volante.

José Lezama Lima

A mediados de los 90 Fidel vistió traje civil por primera vez desde que



Foto: Manuella Balcells



la memoria recuerda. Cuarenta años de verde olivo y uniforme cayeron ante el empuje de las inevitables mescolanzas, de las zonas liminares, ambiguas y fronterizas, que desata un drama social.

Hoy los rituales de apareamiento del gato y la marta son muchos en Cuba.

El último de escala magna lo protagonizaron Fidel y Juan Pablo Segundo. El papa ofició una misa ante más de un millón de personas ¡en la Plaza de la Revolución! Ocurrió en enero de 1998. Yo no les voy a contar ahora de cuántas cosas ha sido testigo esa plaza. Sólo evocaré la escena imborrable de un día de enero cuando el gran pontífice católico y romano bendijo a una multitud apoteósica, detrás de la cual se levantaba el enorme mural del Che que preside la Plaza de la Revolución. El Papa, pues, de cara al Che y, a sus espaldas, la conocida estatua de José Martí y la alta torre que es su monumento.

Alberto Korda, el autor de la foto clásica del Che con boina, estrella y mística mirada que ha recorrido el mundo, ese día estaba en la Plaza, y allí recogió la siguiente imagen a todo color: mural del Che al fondo, técnica en metal, muy visibles sus rasgos; en primer plano, cabezas blancas, negras y mulatas. Sobre el conjunto de las cabezas se alza la imagen de una virgen católica, portada en andas; una bandera cubana, que algún brazo alza, se asoma en medio de las cabezas, el Che y la Virgen. La banda sonora de esta superproducción es de igual nivel de impacto: el Papa (el viejito como lo llamaba el cariñoso pueblo cubano), dialoga con el mar humano, como tantas veces lo ha hecho, desde allí mismo, Fidel, rompiendo el protocolo y reaccionando a la con-

fianzada muchedumbre, que le grita: Juan Pablo, amigo, el pueblo está contigo.

Se ve, se siente, el Papa es buena gente. Mismo coro habitualmente dirigido a Fidel, pero con los nombres cambiados. Fidel sonríe sobrio, en traje de civil, desde un discreto sitio a la izquierda del altar mayor. Esta historia se llama el gato volante.

Me tienta el estudio de la Cuba actual bajo el ángulo del cuerpo y sus connotaciones políticas. Espero volver sobre estos y otros aspectos que ahora sólo quise esbozar, a menos que mi mano también tenga que decir adiós. Habría que reflexionar, por ejemplo, sobre la hipótesis de que los 90 engendraron un cuerpo suelto no sólo en el sentido de liberado o desatado, sino zafado salido de su engranaje, de algún modo autónomo o solo. Así se me aparecen, en cierto nivel de análisis, formaciones como el cuerpo cuentapropista y jinetero, el cuerpo de la ilegalidad y el bisneo también el de la anomia. El cuerpo del exilio. Ese cuerpo suelto que imagino, genera escenarios múltiples, que van desde la picaresca hasta el autodestierro, la locura y el suicidio. Y se me ocurre que prolifera también un cuerpo usurpador, mimético, que se pone y se quita oportunistamente identidades. El cuerpo camaleón que va a las reuniones del CDR con teléfono celular, objeto totalmente estrafalario para el común de los cubanos; para sentar bien claro su estatus de nuevo rico y matar con la tecnología a nuestra pícaro premodernidad qué pregunta al farsante: ¿y adónde se enchufa eso, tú? Hay, creo, un lado de ese cuerpo suelto o zafado, del cuerpo usurpador y travestista, que tiene fuerza renovadora y crítica, que es subversivo y tiene gloria. Además,

como me advierte una amiga: quizás no está, tan zafado; forma redes, se encadena, a su nivel. Y eso se merece otra conversada.

¿Qué he tratado de decirles? Que ahora los socialistas no sabemos cómo hacer el socialismo. Eso no es noticia. Pero ¿de quién mejor que del cuerpo se puede decir: y sin embargo, se mueve Y el cuerpo de las cubanas y los cubanos ha hecho aprendizajes profundos. Ahora quizás nos falta confianza en nuestras propias fuerzas o las identificamos mal. Algunos, muchos probablemente, están cansados y prefieren no pensar, y marchar al compás del altavoz, según aconseja una elemental prudencia o rutina. Pero una comunidad que ha prodigado tanta energía democratizadora en este mundo, quizás otras generaciones que yo no veré, acabará por pedalear de otra manera en la bicicleta, y la bicicleta volverá a ser juego y técnica (es decir, libertad), y podremos entrecruzarnos los ciclistas socialistas, y chocar sin culpa, tomando impulso hacia nosotros mismos, directo por el filo de la navaja, pedaleando hacia la ecología que sí será.

(Aparece una adornada bicicleta e invito al público, al que quiera, a ponerle algún especial "motor" a la bicicleta real. Monto, montamos muchas bicicletas y salimos del salón de conferencias pedaleando). ●

